

Los jóvenes “nini” en el medio rural

Ricardo Isaac Márquez

Universidad Autónoma de Campeche

ricisaac@uacam.mx

Resumen

Se analiza la situación de los jóvenes que habitan el medio rural respecto a sus oportunidades de educación y sus posibilidades de insertarse en el mercado laboral. A pesar que la educación es vista por los jóvenes como un medio de progreso personal y material, el contexto socioeconómico de las comunidades rurales ofrece pocas alternativas para la integración de los individuos a la sociedad y al desarrollo económico del país. Programas de combate a la pobreza como Oportunidades han permitido a mayor número de jóvenes el acceso a la educación básica y media superior, ampliando con ello sus perspectivas de vida y logrando un mayor nivel de habilitación pero sin oportunidades de desarrollo personal, lo que ha generado altos niveles de frustración, desinterés por el futuro y carencia de motivaciones vitales para muchos de los jóvenes que no pueden continuar con sus estudios y que tampoco tienen oportunidades de empleo en sus comunidades.

Palabras clave/Keywords: comunidades rurales, jóvenes, educación, empleo

Introducción

Las condiciones económicas prevalecientes en México desde los años ochentas, caracterizada por las constantes crisis económicas, ha configurado un panorama poco alentador para su población. Esto es particularmente cierto para grupos altamente vulnerables como los jóvenes, a quienes las condiciones económicas han conducido a la exclusión social y a una quiebra de expectativas que favorece su proclividad al desencanto existencial y la anomia social (Heredia et al. 2010). La carencia de opciones de educación y de oportunidades laborales, han conformado un panorama poco alentador para los jóvenes, donde la marginación y la pobreza extrema son su manifestación más inmediata.

El sector juvenil de México ha tenido un crecimiento demográfico acelerado a consecuencia de los altos niveles de fecundidad característicos del siglo XX y de la reducción de los niveles de mortalidad. La población joven prácticamente cuadruplicó su tamaño al pasar de cinco a poco más de 20 millones de personas entre 1950 y 2000 (Stern citado por Terrazas-Bañales y Lorenzo, 2013). Sin embargo, la importancia de este grupo poblacional no radica solamente en su peso demográfico, sino también en la relevancia que tiene esta etapa para determinar la calidad de vida futura de las personas. Es en la juventud donde se adquieren las destrezas para transitar a la vida adulta en condiciones adecuadas y para ello, se requiere de oportunidades que permitan la integración de los individuos a la sociedad y al desarrollo económico del país.

Sin que se vislumbre en el corto plazo una modificación sustantiva a las condiciones del actual modelo económico, es previsible que las condiciones de acceso a la educación y al mercado laboral serán todavía más precarias para un sector importante de los jóvenes en el corto y mediano plazo. Sin trabajo ni educación se fomenta un crecimiento de la desigualdad social, que cuando se trata del medio rural adquiere dimensiones significativas, ya que incluso para las actividades primarias existen en el país limitaciones

estructurales que han llevado a la exclusión de los campesinos de su papel social de productores (Rubio, 2006).

Contenido

La juventud en México

De acuerdo a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) se considera joven a todas las personas que se encuentran entre los 15 y los 24 años de edad; no obstante, este parámetro se adecúa en cada país, por lo que en México se considera el rango de edad comprendido en los 15 y 29 años (Terrazas-Bañales y Lorenzo, 2013).

Se estima que en México existe una población de 27.8 millones de jóvenes entre 15 a 29 años, lo que equivale al 26% de su población total (Fernández 2010). Con base en los datos de la Encuesta Nacional de la Juventud, Fernández (2010) realiza una descripción de las características de los jóvenes mexicanos en el ámbito educativo y laboral. Con respecto a la educación, poco menos de la mitad de los jóvenes estudia (49%), mientras que los restantes han abandonado su educación. El nivel de estudios máximos para los jóvenes es la secundaria completa, o la secundaria incompleta. Entre los 15 y los 17 años es la edad promedio en la cual los jóvenes dejan de estudiar, es decir se trata de la etapa en que la juventud cursa sus estudios de bachillerato. El hecho es que cerca de la mitad de los jóvenes del país interrumpen sus estudios a su paso por la secundaria, sin acceder a la educación media superior.

El trabajo no representa una opción viable para los jóvenes que dejan de estudiar, ya que las condiciones económicas del país han limitado significativamente la generación de empleos. Los sectores juveniles tienen un mayor grado de dificultad en lograr un empleo,

ya que a la crisis económica y la baja generación de empleos, se debe agregar la renuencia a contratar a las jóvenes generaciones bajo la consideración de su inexperiencia. Cerca de la tercera parte (34%) de la fuerza laboral del país lo constituyen 14 millones de jóvenes que cuentan con una fuente de empleo. Sin embargo, las estadísticas apuntan que el 37% de los jóvenes que quisieron emplearse no han encontrado una alternativa laboral.

El desempleo juvenil conduce a una exclusión social que conlleva diferentes dimensiones (De la Hoz et al. 2012): a) laboral, definida por las barreras que encuentran los jóvenes al momento de entrar al mercado laboral, b) económica, referida a la incapacidad de generar ingresos y a la dependencia de los programas del Estado, c) institucional, relacionada con la carencia de apoyo gubernamental en los periodos de desempleo, y d) cultural, debido a la incapacidad de vivir de acuerdo con las normas y valores aceptados socialmente. En este contexto, emerge una población juvenil para los cuales la educación dejó de ser una opción, pero que al mismo tiempo no pueden integrarse a la vida económica del país a través de un empleo formal.

El fenómeno nini

Los jóvenes que no estudian ni trabajan, se han denominados como con el acrónimo “nini” (ni estudio, ni trabajo). Es una traducción de “Neet” (Not in Employment Education o Training) utilizado por primera vez en 1999 en un informe de la Social Exclusion Unit, que es una oficina de apoyo al gabinete de la Gran Bretaña (Negrete y Leyva, 2013). En México, el término ha sido popularizado a través de los señalamientos que por parte del Rector José Narro, ha realizado la Universidad Nacional Autónoma de México al respecto.

Constituye un fenómeno social que en los últimos años parece incrementarse en México y el mundo. Las cifras señalan que la población nini es alta en todas las regiones del mundo, incluso en las economías industrializadas. La CEPAL estima que existen en América Latina

16 millones de jóvenes comprendidos entre 15 a 26 años que ni estudian ni trabajan (El Universal, 2011). Además apunta que 24% de los ninis se encuentran en situación de indigencia y 19% en condiciones de pobreza. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) señala que en México existen poco más de siete millones de ninis , lo que corresponde a cerca del 25% de la población de jóvenes entre 15 y 29 años del país (OCDE, 2011). El 75% de los ninis del país son mujeres, de tal forma que cuatro de cada diez de las jóvenes mexicanas no realizan alguna actividad remunerada ni estudian. El grupo de jóvenes entre los 20 y 24 años son los que más registran la modalidad sin estudiar ni trabajar, es decir, 2 millones 673 mil. Estas cifras colocan al país en el tercer lugar entre los 34 países miembros de la OCDE que tienen el mayor número de población juvenil inactiva.

De acuerdo con Aguilar et al. (2013) la mayor parte de los ninis abandonan la escuela en la preparatoria (16.4 años de edad en promedio) y cuentan con 9.4 años de educación. Por su parte las mujeres abandonan la escuela en promedio a una edad siete meses más jóvenes que los hombres y tienen seis meses menos de educación en comparación con los hombres. A pesar de ello, la mayoría de los ninis (72.9%) les gustaría continuar con sus estudios si tuvieran la oportunidad, sugiriendo que uno de los obstáculos que los ninis enfrentan para seguir con su formación académica son las oportunidades educativas y/o la falta de recursos económicos. El restante 18.1 % de los ninis no estudia porque considera que ya concluyó su formación académica, es decir sólo una de cada seis ninis no estudia porque asumen que terminó su etapa educativa. A este respecto el IMJUVE (2011) indica que la principal causa de deserción escolar es económica (la falta de dinero para pagar la colegiatura, la necesidad de insertarse en el mercado laboral, etc.), posteriormente las razones académicas (no cumplir satisfactoriamente con los programas, notas insuficientes, falta de espacios en instituciones educativas, etc.) y finalmente las de orden familiar (problemas en el hogar que repercuten en la necesidad de dejar los estudios).

Aguilar et al. (2013) señalan que poco menos de la mitad (40%) de los hombres nini no trabajan porque no tienen oportunidad, mientras que una proporción importante de mujeres (35%) no laboran porque se dedican a su hogar. Sin embargo, esto no significa que los ninis no se interesen en trabajar o que no tengan necesidad de hacerlo pues cerca de la tercera parte se encuentra buscando empleo, porcentaje que se acerca al 45% en el caso de los varones, en comparación con las mujeres que es cercano al 22 %. Según el ingreso del hogar, aquellos sujetos jóvenes integrantes de hogares con menores ingresos tienden a experimentar una menor probabilidad de ser empleados o empleadas, en comparación con los integrantes de hogares con mayor ingreso (De la Hoz et al. 2012).

Desde el punto de vista de su distribución por entidad federativa, el fenómeno de los jóvenes nini afecta tanto a las entidades con mayor desarrollo económico, como a las de menor desarrollo relativo. En términos absolutos la mitad (53%) de los ninis del país se ubica en siete estados: Estado de México, Veracruz, Nuevo León, Jalisco, Distrito Federal, Michoacán y Sinaloa. A su vez, desde el punto de vista de su peso relativo, existen diferencias importantes pues la proporción de ninis en nueve estados es mayor al promedio nacional, mientras que en 23 entidades es menor (Tuirán y Ávila, 2012).

Actualmente existe en México una fuerte preocupación social entre políticos, académicos y organizaciones sociales por la existencia de un alto porcentaje de jóvenes que no se encuentran ni estudiando ni trabajando. La polémica gira en torno a cuántos son, sus causas y las estrategias para reducirlos (Székely, 2011; Tuirán y Ávila, 2012). Se considera que la población nini atenta contra la cohesión y el desarrollo social y económico del país y que, por lo tanto, es necesario reducirla con políticas preventivas y acciones, que permitan la inserción de esta población en la escuela o el trabajo y frenen las consecuencias negativas de la inactividad de los jóvenes.

Los jóvenes excluidos del desarrollo económico, potencialmente pueden incrementar otros problemas sociales de por sí graves tales como la violencia, la criminalidad, el embarazo temprano y las adicciones. En la práctica estos jóvenes constituyen un botín muy deseable para las redes y organizaciones del crimen organizado, dado que son quienes se están incorporando a las actividades del narcotráfico, el secuestro, el robo, ya sea como mecanismo de subsistencia o bien como la única salida a la creciente frustración de expectativas. Es por ello que no es aventurado catalogar a los ninis como un problema de seguridad nacional, a la luz de la actual situación de violencia derivada del combate al narcotráfico que se está viviendo en el país. La situación de los jóvenes no es sino la expresión de un proceso de exclusión y precarización estructural de la vida en México (Heredia et al. 2010), cuyos alcances aún no han sido lo suficientemente dimensionados ni ponderados, por quienes toman decisiones en materia de política pública.

El fenómeno nini en el medio rural

Los estudios realizados sobre el fenómeno nini se han realizado principalmente en el medio urbano, al punto de considerarlo una problemática propia de las ciudades. Es evidente que los estudios sobre juventud poseen un sesgo urbano muy pronunciado, e incluso muchos de ellos han llegado a identificar a la cultura juvenil como una cultura eminentemente urbana. Aunque no existen estudios específicos del fenómeno nini en el medio rural, las condiciones de marginación y pobreza que caracterizan a las comunidades rurales hacen suponer que esta situación puede tener dimensiones significativas. Si se comparan por ejemplo, los hogares con ninis y sin ninis con relación a la distribución de ingreso per cápita, obtenemos que casi el 70% de los ninis viven en hogares con ingreso por debajo de la mediana (Arceo y Campos, 2011).

Las estadísticas oficiales indican una fuerte asociación entre la pobreza y el medio rural, de tal forma que las cifras de la pobreza en las zonas rurales superan ampliamente las

correspondientes a la global nacional. Cerca de la mitad de los hogares rurales del país se encuentran en condiciones de pobreza y el 16% de los mismos se ubican en condiciones de pobreza extrema (Trivelli et al. 2009). Además, una proporción importante de estos hogares corresponden a población indígena, la cual tiende a ser más pobre que cualquier otro grupo poblacional del país. Esto configura un panorama poco alentador y carente de oportunidades educativas y laborales para los jóvenes del medio rural.

Hoy en día se acepta que el concepto de pobreza va más allá de la mera carencia de recursos económicos o de bienes materiales. La condición de pobreza tiene que ver con la privación de oportunidades y de opciones para que la población pueda alcanzar una calidad de vida adecuada (CIDER, 2000). Una persona sin educación, sin salud, desnutrida, sin acceso a la electricidad y otros servicios, tiene posibilidades reducidas o nulas de lograr una calidad de vida conforme a sus necesidades y aspiraciones. De esta forma está condenada a reproducir en sus descendientes las condiciones de pobreza y de marginación en las que vive, ya que carece de los medios y de las capacidades necesarias para superarlas. La pobreza vista así, se convierte en un problema de falta de oportunidades reales para poder vivir una vida digna. La falta de acceso a servicios apropiados de educación, salud, y nutrición no les ofrece las condiciones necesarias para que los pobres puedan escapar de la pobreza. Debido a ello, se estima que en el año 2020, el 60% de los pobres continuarán viviendo en las áreas rurales (Rodríguez et al. 2010).

La juventud rural es sin duda uno de los sectores sociodemográficos más excluidos de la sociedad latinoamericana (Durston, 2001). Se considera que la juventud rural está conformada por aquellos jóvenes quienes por razones familiares o laborales se encuentran directamente articulados al mundo agrícola, así como a quienes no están inmediatamente vinculados a las labores agrícolas pero residen en comunidades rurales o en pequeños poblados de no más de dos mil habitantes (Caputo, 2002; citado por Kessler,

2005). Para el caso de México, se considera población rural aquella habitada por no más de 2 500 habitantes.

La situación de la juventud rural en América Latina se caracteriza por las limitadas oportunidades de desarrollo debido a factores tales como: a) una fuerte dominación y discriminación por persistencia de estructuras patriarcales (a pesar de que para algunos autores hay una incipiente modernización), b) sobrecarga de trabajo doméstico no valorado, c) pocas oportunidades laborales fuera del ámbito familiar, c) limitado acceso a la educación, d) baja calidad de la oferta educativa, e) falta de acceso a la educación sexual y reproductiva, f) violencia familiar, g) trabajo y maternidad temprana (Kessler, 2005). El extendido estereotipo del joven rural que existe en América Latina: “un muchacho campesino de 16 años analfabeto funcional, que ya se casó, ya tiene hijos y trabaja en la agricultura familiar de subsistencia” contribuye en gran medida a perpetuar esta situación, ya que está implícita en muchas de las reflexiones y propuestas poco concretas que se hacen en relación a la juventud rural (Durston, 2001).

Se ha experimentado un incremento de la escolaridad de los jóvenes rurales en los últimos años, los cuales en promedio han duplicado los años de estudio que poseen sus padres y se registra una mayor escolaridad entre las mujeres. Pero el incremento de la escolaridad es menor que en la juventud urbana e insuficiente para hacer frente a los grandes retos que impone el mundo actual a los jóvenes rurales (Kessler, 2005). Con respecto al mundo del trabajo, los jóvenes rurales tienen un contacto más temprano con él, en la mayoría de los casos vinculados con la agricultura familiar. La situación ocupacional de los jóvenes rurales se caracteriza por la proletarización, la desocupación, por una heterogeneidad laboral con mayor peso en la ayuda familiar no remunerada y por la pluriactividad como complemento del trabajo en las unidades laborales (Kessler, 2005).

El entorno sociocultural en que se desarrollan los jóvenes es un factor muy importante como causa de abandono escolar (Levision et al. 2001). En el medio rural, el contexto familiar muchas veces influye de manera negativa respecto al estudio de los jóvenes, ya sea porque no se considera que los estudios aporten un beneficio en el campo o por la necesidad que tienen los jefes de familia de mano de obra para las labores agrícolas. En el caso de las mujeres, por razones de género no se aprecia como apropiado, ya que interfieren con sus responsabilidades en el hogar que incluye las labores domésticas y el cuidado de los niños. No obstante lo anterior, algunos autores han puesto en evidencia la tendencia a una mayor participación económica de la mujer rural como producto de los procesos económicos con la finalidad de completar o generar ingresos para el núcleo familiar. Cada vez más hogares son encabezados por mujeres y en muchas comunidades agrarias las mujeres han tenido que tomar en sus manos el trabajo de la parcela y el trabajo comunitario. Participación que ha contribuido a que adquieran un papel más protagónico en los procesos organizativos y políticos de sus pueblos y comunidades ante la creciente ausencia de los hombres que migran de las comunidades en busca de oportunidades de trabajo (Canabal, 2006, citado por Reyes, 2010). Es el caso de México donde una creciente cantidad de jóvenes, en su mayoría hombres, emigran a los centros urbanos o como ilegales a los Estados Unidos, razón por la cual se está experimentando una disminución en la cantidad de jóvenes en áreas rurales, lo cual tiene un impacto significativo en la vida de las comunidades rurales. Familias divididas, envejecimiento temprano promedio de la población, una mayor relación de dependencia de la gente mayor y feminización de la población rural son algunos de sus efectos (Reyes, 2010).

La juventud rural de México forma parte de una juventud desconectada y desigual, con escaso o nulo acceso a los servicios de salud, educación superior y empleo cuyos reclamos se inscriben en una lógica elemental de justicia social y bienestar (Reyes, 2010). Programas de combate a la pobreza como Oportunidades han permitido acceder a niveles educativos básico y de nivel medio superior a jóvenes de las comunidades rurales más

marginadas del país. La tesis central del programa Oportunidades respecto a que la educación por sí misma permitirá a las nuevas generaciones tener mayores capacidades para aprovechar las oportunidades que la sociedad y el mercado les ofrece, se topa con una realidad cotidiana de jóvenes frustrados obligados a vivir en un entorno rural que no ofrece opciones de empleo ni posibilidades de iniciar estudios profesionales. Estos jóvenes con niveles educativos de secundaria, o en menor proporción de bachillerato, deben conformarse con seguir dedicándose a la agricultura, contratarse como peones de albañil, emigrar a las ciudades o como ilegales a los Estados Unidos. Incluso se afirma que los jóvenes beneficiarios del programa Oportunidades se encuentran en una posición menos favorable que sus similares en zonas rurales en general, en términos de trabajo formales, ocupaciones mejor calificadas o mejora salarial (SEDES, 2008).

Arceo y Campos (2011) han encontrado que la tasa de jóvenes nini en el medio urbano es menor a la media nacional, mientras que en el sector rural ocurre lo contrario, lo que parece indicar que el fenómeno nini es de una magnitud mayor en términos relativos en el campo que en la ciudad. Esta situación ha llevado a configurar una juventud rural con pocas aspiraciones, apática y en algunos casos con un alto nivel de frustración. Lo que finalmente conduce a manifestaciones psicológicas negativas como baja autoestima, estados depresivos, insatisfacción frente a la realidad, hostilidad que puede llevar otros problemas como las adicciones y las conductas criminales y suicidas (Hernández y Benjet, 2012).

Conclusión

La problemática de los ninis puede analizarse desde diferentes perspectivas, que van desde aquella que considera que se trata de jóvenes perezosos y con una actitud incorrecta, hasta aquellas que la aprecian como una cuestión de exclusión social, falta de oportunidades para los jóvenes y abandono del Estado (Arceo y Campos, 2011). Donde convergen los estudios es en la apreciación de los costos que potencialmente conlleva la falta de capacidades educativas o laborales de los jóvenes. La marginación de los jóvenes en el ámbito laboral y educativo es un vínculo con formas ilegales de subsistencia que alteran el tejido social, a un punto tal que representa un riesgo y un problema emergente para la cohesión social, la seguridad y la democracia en América Latina (Székely, 2011).

Es indudable que el sistema económico ha fracasado en su función de generar los medios y las oportunidades laborales para las nuevas generaciones. El desempleo estructural, la limitada posibilidad de acceso a la educación, y la baja calidad y pertinencia de la oferta educativa emergen como causas principales de la proliferación de jóvenes nini en México. La exclusión social de los jóvenes adquiere su manifestación más aguda en el medio rural donde el énfasis en la asistencia social para amortiguar el impacto de los programas de ajuste ha desplazado el interés oficial sobre *las causas* de la pobreza a *los síntomas* de la pobreza. Es necesario que el Estado reconsidere su papel para superar las condiciones de marginación de la población rural, misma que amenaza con condenar muchas áreas al estancamiento económico y a excluir a los campesinos del andamiaje social del progreso. La exclusión en sí misma constituye un riesgo para la cohesión social del país (económica, política y cultural) pues ninguna sociedad puede prosperar donde una parte se encuentra fuera de toda posibilidad de desarrollo. Cuando esta problemática se enfoca en el sector rural, se convierte no solamente en un asunto de equidad, sino también de seguridad alimentaria y de la viabilidad de un proyecto nacional de desarrollo.

Bibliografía

Aguilar E., Mejía N., Perez F. y Rivea A. 2013. Pobreza y vulnerabilidad en México: El caso de los Jóvenes que no estudian ni trabajan. RAND Corporation. Recuperado el 03 de Julio de 2013, de www.rand.org

Arceo E. A., Campos R. M. 2011. ¿Quiénes son los ninis en México? Documento de Trabajo No. VIII El Colegio de México

CIDER. 2009. El desarrollo rural sostenible en el marco de una nueva lectura de la ruralidad ¿la nueva ruralidad? San José: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.

De La Hoz, F. J., Quejada, R. y Yáñez, M. 2012. El desempleo juvenil: problema de efectos perpetuos. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 10: 427-439.

Durston J. 2001. Juventud rural y desarrollo en América Latina: Estereotipos y realidades. En : D. B. Solum (ed). Adolescencia y juventud en América Latina. Costa Rica: Libro Universitario Regional 99-116.

El Universal. 2011. Advierten en ¿ninis¿ un riesgo para la región. Jueves 14 de julio de 2011.

Fernández A. M. 2010. Un perfil de la juventud mexicana. El Cotidiano 163: 7-15

Heredia, J. M., Rodríguez R., Montoya L. A. 2010. Los jóvenes ante su crisis: una integración fragmentada entre el mercado y la información. El Cotidiano 163: 25-64

Hernández D. Benjet C. 2012. Los ninis como problema emergente para la salud pública. Revista Mexicana de Pediatría 79: 40-45

IMJUVE(2011). Instituto Mexicano de la Juventud. Recuperado el 04 de Julio de 2013, de www.imjuventud.gob.mx

Kessler G. 2005. Estado del arte de la investigación sobre juventud rural en América Latina. Manuscrito

OCDE. 2011. Panorama de la educación. Indicadores de la OCDE 2011. Informe español. Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, Madrid

Leverson D., Moe K., Knaul F. 2001. Youth education and work in México. *World Development* 29:167-188.

Negrete R., Leyva G. 2013. Los ninis en México: una aproximación crítica a su medición. *Realidad, datos y espacio. Revista internacional de estadística y geografía* 4: 90-121.

Reyes R. 2010. Más allá de los muros: Adolescencias rurales y experiencias estudiantiles de telesecundaria. Tesis de Doctorado. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Rodriguez C., Sánchez F., Armenta A. 2010. Do Interventions at school level improve Educational Outcomes? Evidence from a rural program in Colombia. *World Development* 38:415-428.

Rubio, B. 2006. Exclusión social y resistencia social en América Latina. *Alasru* 4:1-14

SEDESOL. 2008. A diez años de intervención. Evaluación externa del Programa Oportunidades 2008. Síntesis Ejecutiva. SEDESOL, México.

Székely M. P. 2011. Jóvenes que ni estudian ni trabajan: Un riesgo para la cohesión social en América Latina. Manuscrito

Terrazas-Bañales F., Lorenzo O. 2013. El escenario sociocultural de los jóvenes en México. *DEDiCA. Revista de Educação e Humanidades* 4: 239-255

Trivelli C., Yancari J., De los Ríos C. 2009. Crisis y pobreza rural en América Latina. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Tuirán R., Ávila J. L. 2012. Jóvenes que no estudian ni trabajan: ¿Cuántos son? ¿Quiénes son? ¿Qué hacer? *Este País* No. 251